

29 de enero de 1946

Mucho antes de que amanezca llego a St. James' Street y oigo que han cancelado el vuelo a Viena. Este es uno de los sutiles tormentos de nuestra época: cuando uno avanza impaciente con todas sus fuerzas hacia una meta que ya parece al alcance de la mano, se ve devuelto a una vida anodina. Mientras subo al alba a la colina de mi barrio en las afueras, me encuentro con un soldado que me ve vestida de uniforme con la maleta en la mano y me grita: «¿Volviendo de la guerra, cariño? ¿Se acabó la cantina del NAAFI¹!».

Me refugio en un catarro que he estado incubando desde hace días. Desperdicio ese día inútil dormitando en la cama. Me viene a la cabeza el verano de hace once años, cuando un resfriado dio un toque especial a mi primera visita al canal de La Mancha. Venía de Austria y había llegado a Ostende al final de un viaje por Bélgica. Me había gastado casi todo el dinero, pero un hotelero amable me permitió dormir por tan solo cinco francos en una habitación abuhardillada que no utilizaba. El aire salado, las mujeres maquilladas de muchos colores que había visto por el camino desde la estación, me provocaron una especie de euforia que me llevó a pintarme las uñas de los pies por primera vez en mi vida. Armada de esta guisa, alegre y despreocupada, con sandalias, sin abrigo ni manta alguna, me dirigí a la playa con un sentimiento triunfal de soledad. El ruido del océano era atronador. Las gaviotas estaban suspendidas en una luz lechosa de colores diluidos. Este paisaje marítimo era diferente de todo aquello a lo que me tenían acos-

1 NAAFI (Navy, Army and Air Force Institute), servicio británico de cantinas, economatos y otros servicios para las Fuerzas Armadas británicas. [Esta nota, como las siguientes, es de la traductora].

tumbrada las costas mediterráneas: mi vaho, entretejido con mi catarro, flotaba en la claridad mortecina del aire. Un joven tenor francés, una estrella de la Ópera Cómica —grosso, con cara de luna y vestido con algo ideado a modo de auténtico equipamiento inglés *pour le sport*— me invitó al bar Anglais a tomar una copa de oporto y un trozo de queso cheddar. Esto y una tortilla francesa que había comido por la tarde en un restaurante barato del centro, estaba aderezado con el sabor a sal que penetraba en todo. Al día siguiente, el resfriado había desaparecido, barrido por el viento del mar. Después de esto, Ostende daba una impresión bastante insípida y me apresuré a coger el Orient Express para regresar a Viena.

30 de enero

A las cuatro de la mañana salgo de nuevo. Una fiebre bastante alta me provoca una ligera sensación de embriaguez. Mientras camino de noche hacia nuestra pequeña estación envuelta en un tosco abrigo militar, con guantes de piel y una bufanda de color caqui, vuelvo a sentir que aquella antigua soledad me invade y me alienta.

Esta vez espero algo más que la consabida emoción de viajar. No en el sentido que muestra la insignia que llevo en la hombrera con las palabras «corresponsal de guerra», la alegría ingenua del periodista cuando pisa un terreno inexplorado. Ya hay muchos que han vuelto a ver Europa antes que yo. Las tropas británicas están en Viena desde hace seis meses y ya mucho antes se conocía por los informes su asedio y toma por el Ejército Rojo. Mis esperanzas personales son de otro tipo. Estoy eliminando las últimas huellas de una guerra estéril y miserable, una guerra que he pasado en las colas diarias de la pescadería, por la noche en el puesto de bomberos o en clínicas de maternidad, corriendo

un peligro variopinto y sin embargo monótono. Voy a comparar mi vida actual con la anterior, a comprobar mi lealtad y a someter mi capacidad de sentir a un experimento. Durante muchos años se me impidió tener sensaciones fuertes, primero a imagen de la flema británica, después porque lo dictaba la guerra, que de otro modo hubiera sido insoportable. El aburrimiento y el espanto de las operaciones militares silenciaban cualquier alteración anímica. La calma y el equilibrio se convirtieron en las virtudes salvadoras; también provocaron la muerte paulatina de la inspiración, como no puede ser de otra manera. Siempre he sabido que el cambio es la atmósfera del escritor. Lo que no sabía antes de que me lo enseñara esta guerra es que a uno no lo perturban tanto los conflictos externos como los internos, el continuo recrudecimiento de contrastes emocionales. Estos contrastes se me habían negado en el frente de mi patria. Ahora es eso lo que me espera.

Al parecer, esta madrugada saldremos de verdad. Nos llevan a Croydon en plena salida del sol con colores de concha marina. Un Dakota nos acoge y despega hacia Bruselas. No hay nubes en el cielo. Atravesamos la costa de Kent, después el mar metálico de la mañana. Más allá de los cráteres de Dunquerque, por fin los caminos flanqueados por álamos, los estrechos canales sinuosos y las desiertas praderas invernales de Bélgica. Ese verde de una palidez conmovedora es para mí el primer reencuentro con mi infancia en el continente: mis hijos se están criando en el frondoso césped inglés.

Más tarde

Señales de caminos inteligibles hasta para los cerebros más indolentes de los soldados. Control de seguridad, vales para las comidas. La cantina del NAAFI. En esta sala austera, que solo se

diferencia de una cafetería londinense por un opíparo montón de fruta, intento convencerme inútilmente de que estoy en Bruselas. La catedral de Santa Gúdula y las casas góticas de angostas fachadas habían sido visibles desde el aire, cuando bajábamos para aterrizar. Pero este aeropuerto es tierra de nadie, un obstáculo a la fantasía.

Si pudiese ir ahora a la ciudad, ¿encontraría todavía allí a mis amigos? ¿A Maydie, en cuya casa me alojé en 1935, una chica que desbordaba alegría? Después de su boda con un belga, adoptó rápidamente las características de una *bonne petite bourgeoise*, rodeó de mimos a su enfermizo marido y llamó a sus hijas Lucienne y Claudine. Cuando viví en su casa, el símbolo más ingenuo de su inclinación hogareña eran dos pelotitas de punto con la forma y el color de una naranja y un limón, que había colgado de las llaves de los armarios de su dormitorio. De un origen poco recomendable para los intrusos alemanes... ¿Quizá expulsaron a esta pequeña familia de su casa de Schaarbeck, la metieron en vagones de ganado sellados, la deportaron y gasearon? ¿O pudo huir y escapar a este destino y la naranja y el limón siguen balanceándose en el armario abandonado?

¿Y Paul y Richard, el valón y el flamenco que estaban unidos por una fraternal amistad? Paul, que llevaba una vida de refinamiento parisino en la capital belga, me había prestado su piso de soltero mientras él viajaba a Venecia. Pasé dos semanas en esa habitación preciosista con su mesa de cristal, los discos de Duke Ellington y los trajes de color malva, la vajilla de mayólica. Vivía de las gambas, los melocotones y el *fromage blanc* que compraba en la tienda de abajo. Entre sus libros encontré y leí por primera vez los *Alimentos terrestres*, de Gide, y *Euridice deux fois perdue*, de Paul Drouot. Por la noche ponía la radio para escuchar a la Ambrose's Band de Londres. Antes de irme, le compré un espejo para el cuarto de baño, que estaba claro que hacía falta. Nunca

lo volví a ver. ¿Murió en esta guerra en la Resistencia o fabricó casquillos de bala para la industria armamentística alemana? O peor, ¿convencieron a Richard, con su flema flamenca y sus azules ojos teutónicos, para que colaborase?

Nuestros maestros de ceremonias militares nos apremian. Tenemos que continuar cuanto antes a Frankfurt. El cielo se ha cubierto de nubes. Señalándolas con la nariz en un gesto reprobatorio, el piloto da a entender que probablemente hoy no volemos a Austria.